

# Como en su Luna de Miel

(Cuento)

por Taylor Bynum.

Versión del inglés de Salvador Vadía, hijo

Tiempo de lectura: 14 m. 35 s.

HUBERT ARLEY entró a tomar su desayuno en el comedor de su apartamento. A pesar de sus cuarenta años, aparentaba ser mucho más joven. Dado el vigor que había heredado de sus abuelos escoceses, habría parecido jover aún a los ochenta, con sus limpidos ojos azules y su bigote dorado. El sol temprano tocaba las malvas y margaritas de la ventana, relucía sobre la vajilla de la mesa y hacía brillar como diamantes las copas de cristal.

Rico olor a café venía de la cocina, de donde Delia, la criada, acababa de salir, llevando consigo el periódico.

—Buenos días, señor—dijo.—Estará usted muy contento con la llegada de la señora.

—Sí, por cierto —contestó Hubert, tratando de poner en su voz el acento de la convicción; pues, a decir verdad, no había sufrido con la ausencia de su mujer. Sabía que tan pronto ella entrara exclamaría: —¿Te alegras de que haya vuelto, querido?

Una de las mortificaciones de sus quince años de casado era que sabía no solamente lo que su mujer le había de preguntar, sino lo que él debería contestar. Su respuesta en este caso tendría que ser: —Estoy encantado.

Pero la verdad era que lejos de echarla de menos, se había sentido feliz lejos de ella.

Esta era la primera vez, desde que estaban casados, que ella salía en viaje de vacaciones. Algunas veces se habían separado antes, sólo por un día o dos, mientras él salía en viaje de negocios y ella iba a visitar a sus padres enfermos; pero nunca había salido ella de vacaciones.

Los placeres de Hubert durante la ausencia de su mujer habían sido bien inocentes. Ni a los cuarenta ni a ninguna otra edad, se había interesado por otra mujer que no fuera Diana. La libertad de que ahora disfrutaba era la causa de su felicidad inusitada. Podía desayunar en pijama, sin afeitarse; leer el periódico sin ser molestado, echar las cenizas del cigarro en el plato en que había comido, abrir todas las ventanas por la noche sin que la luz de la mañana la despertara a ella.

—Quisiera saber —se decía —si hay algún hombre que pueda adaptarse al matrimonio.—Por su-



La imagen de otras mujeres a quien pudo amar aparecía ante él.

puesto, se veía obligado a echar todas las culpas al matrimonio en sí, como institución, pues era imposible que culpara a Diana. Ella era perfecta: bonita, alegre, tenía buen carácter, y también una cualidad rara en la mujer norteamericana: se interesaba grandemente en los negocios de su esposo. Y, a pesar de todo, él había sido feliz en su ausencia.

—¿Te alegras de que haya vuel-

to? —diría su voz sincera.

Si él quisiera ser igualmente sincero, debería contestar:

—No, mi amor, no he sentido que hayas estado tanto tiempo fuera. Ojalá que te hubieras quedado unos días más.

¿Comprendería ella, se resentiría, pensaría que su vida no tenía razón de ser? Pero no sería él tan cruel. Nunca diría eso. ¡Oh, no! Le contestaría como era de rigor:

—Por supuesto, querida, estoy encantado de verte.

Fué a recoger las cartas que acababan de llegar, pensando que entre ellas podría haber alguna de Diana, en que le dijera que todavía no volvía; pero no, nada de eso; sólo una cuenta, una docena de anuncios y una carta de su hermano Peter. Observó que esta úl-

Continúa en la pág. 16.